

quería en seguida llegar a un fin. Para enviarlo aun a él eran necesario, esperar noticias de Francia. Esto, los Diez escribían de continuo a Maquiavelo, que no se contentaba, ya que su situación quedaba siempre igual. Por otra parte, en Florencia, eran sumamente necesarias las noticias, no sólo sobre los movimientos del duque, sino también sobre sus intenciones, y, por esta parte, la importancia de las cartas de Maquiavelo, era desconocida por todos, no queriendo oír hablar de llamarlo, no pudiéndose encontrar un hombre más adecuado para la misión que desempeñaba. Nicolás Valori, le escribía el 21 de octubre : « Es verdaderamente estas dos últimas (cartas) que habéis mandado, hay en ellas tanto nervio, y se muestra tan buen juicio, que no pueden haber sido más aprobadas. » Más tarde, le escribieron Buonaccorsi, Marcelo Virgilio, y el gonfalonero mismo, repitiéndole que no era posible llamarlo, porque se necesitaba que alguno estuviese cerca del duque, y más adecuado que él no era posible encontrarlo. El gonfalonero y los Diez, agregaban a ésto, el envío de 25 ducados oro y 16 brazadas de damasco, los primeros a fin de que el pudiese mantenerse más convenientemente y el paño para hacer donativos.

A todas estas razones hasta ahora expuestas, es necesario agregar, sin embargo, otra. Si bien Maquiavelo encontrase amplia materia de estudio, observando las acciones del duque y de aquellos que lo circundaban, a pesar de que él hiciese abstracción de la política de la moral, y no tuviese una conciencia demasiado sensible y escrupulosa en lo que respecta a los asuntos del Estado, el vivir en medio de una red tan continua y llena de infamia; entre hombres tan llenos de delitos, tan prontos a la traición y a la sangre, que no respetaban más que la fuerza, sin poder él impedir, ni moderar sus acciones en ninguna forma;

era bastante más de lo que su índole podía soportar. No hay una opinión más errónea que aquella que supone que en este momento las acciones del duque fueran aconsejadas por Maquiavelo. De todas las cartas que éste escribió, se ve claramente cómo sufría al describir las intenciones y designios secretos del duque, bastante a menudo, llegando a comprenderlas y quedando al oscuro de todo. Aquel no tenía necesidad de los consejos del secretario florentino, del cual algunas veces parecía burlarse. Maquiavelo no era de índole sanguinaria y cruel, aun más cuando se encontraba realmente en presencia y en contacto del mal, por debilidad de carácter se rehusaba. Muchas veces, en efecto, en esta legación caen de su alma expresiones que bajo un aparente cinismo, traducen un cierto angustioso terror. Y entonces para alejarse del triste espectáculo escribía cartas obscenas, que hacían gran gracia a los compañeros de risa, y después le contaban a su vez los sucesos ocurridos en la cancillería, donde en su ausencia el desorden era muy grande, o sus extravíos e inmoralidades.

El duque mientras tanto, partía con su ejército para Forli, y Maquiavelo lo seguía, escribiendo el 14 de diciembre, lleno de incertidumbre, ante el hecho de que no se licenciara ni siquiera un hombre, y si bien ya había sido firmado el acuerdo con sus enemigos era de prever que nuevos acontecimientos, se habían de producir muy en breve, al mantenerse esas fuerzas, a pesar de la aparente tranquilidad y seguridad de que gozaba momentáneamente. Maquiavelo insistía nuevamente sobre la necesidad de ser reemplazado, pero la República, ahora menos que nunca, se mostraba dispuesta a acceder a su pedido, desde que las cosas se acercaban rápidamente a una solución y que la Francia, hacía comprender que no quería de-

jar por más tiempo rienda suelta a los Borgia. En efecto, las fuerzas francesas, que habían dado al duque tanta reputación, fueron llamadas, y partieron el 22 de diciembre, cosa, escribía Maquiavelo, que ha hecho perder la cabeza a esta corte, y cada uno hace conjeturas. La razón de tan rápido cambio no se sabía entonces y las consecuencias de semejante proceder no se podían prever. Cierto es sin embargo, que el tener todas las fortalezas de Urbino desmanteladas y el no tenerse ni poderse tener confianza en los acuerdos firmados, había en seguida quitado la mitad de las fuerzas y reducido a una tercera parte la reputación del duque. Sin embargo, su artillería seguía avanzando, y nuevas tropas reemplazaron a las que habían partido. Nadie sabía adivinar la intención de tales movimientos, todo eran misterios, porque este señor, decía Maquiavelo, no comunica jamás cosa alguna, sino cuando las acomete, y la acomete cuando la necesidad lo obliga, y sobre el hecho y no en otra forma, por lo cual ruego a VV. SS. me excuse y no imputen a negligencia cuando yo no satisfaga a VV. SS. con las noticias porque las más de las veces, no satisfago ni a mí mismo. Y a aumentar el misterio, ocurría, en aquellos días, un caso extraño. Maese Ramiro, el más fiel instrumento del duque en Romaña, autor de las más nefastas crueldades para someter aquel país, por el cual era odiadísimo, llegado de Pesaro a Cesena, fué, con general asombro, el 22 de diciembre, hecho prisionero y puesto al fondo de una torre. Después de cuatro días, Maquiavelo escribía a los Diez : « Maese Ramiro esta mañana ha sido encontrado en dos pedazos, sobre la plaza donde está todavía, y todo el pueblo lo ha podido ver ; no se sabe bien la razón de su muerte, si no que le haya placido así al príncipe, el cual muestra saber hacer y deshacer los hombres a su antojo, y según sus méritos. »

Pero ahora las cosas proceden rápidamente hacia su fin, todo es dirigido a la toma de Sinigaglia. Viendo que el ejército del duque se aproximaba con gran prisa y que delante de él las gentes de Vitellozzo y de los Orsini, dispuestas a asaltar la ciudad, fué abandonada por sus señores después de haber ordenado a los suyos de defender la fortaleza, lo más que podían. El 29 de diciembre, Maquiavelo escribía desde Pesaro una carta que se extravió, en la cual narraba minuciosamente como Vitellozzo y de los Orsini habían entrado a Sinigaglia, y cómo el duque, apenas tenidas la noticia del hecho ordenó que pusieran sus gentes fuera de la muralla, y avanzó en seguida con su ejército hacia la ciudad en la cual entró en la mañana del 31 de diciembre. El primero al salirle al encuentro fué Vitellozzo, el cual más que nadie se había resistido al acuerdo y sabiendo de ser por eso el más odiado, venía sobre una mula, desarmado y con el sombrero en la mano. Seguíanlo el duque de Gravina, Pablo Orsini, Oliverio de Fermo, y los cuatro acompañáronlo por las calles de la ciudad y a la casa en la cual se alojó. El ya había hecho seña de que debían esperarlo, entró con ellos en una habitación, y los hizo en seguida tomar prisioneros, dando orden en seguida que fueran desarmadas sus tropas y enviando a la mitad de su ejército hacer lo mismo con las tropas que se hallaban a seis o siete millas de la ciudad. En aquel mismo día, Maquiavelo daba noticias del hecho, agregando : « La tierra es todavía saqueada y estamos ya a las 23 horas. » Una carta más larga e importante escrita aquel mismo día, fué perdida. Tenemos sin embargo, la del primero de enero de 1503, en la cual cuenta como a eso de la una de la noche anterior había sido llamado por el duque, el cual manifestó alegrarse enormemente de estos sucesos, agregando palabras buenas y afectuosas sobre manera

respecto a esta ciudad. Dijo que éste era el servicio que había prometido hacerle, en tiempo oportuno. Y como había declarado que ofrecería su amistad con insistencia mayor, cuanto más seguro estuviera de sí mismo, y ahora mantenía la promesa; y siguió exponiendo todas las razones que lo inducían a desear esta amistad con palabras que lo hicieron quedar admirado. Me invitó todavía a escribiros, que habiéndose librado de los principales enemigos suyos de Florencia y de Francia y sacada aquella cizaña que amenazaba gastar a Italia debían darle seña manifiesta de amistad mandando gente hacia Perugia donde se dirigía el duque Guidobaldo, en su fuga, y hacerlo prisionero. Y supe después que esta noche pasada, a las diez, había hecho estrangular a Vitellozzo y a Maese Oliverio de Fermo; — los otros dos han quedado todavía vivos, créese para ver si el papa tiene en sus manos al cardenal y a los otros que estaban en Roma, que se cree que sí, y después deliberarán todos al respecto. La fortaleza se había ya rendido y el ejército partía aquel mismo día dirigiéndose a Siena. Más tarde, Pablo Orsini y el duque de Gravina pagaron con sus vidas la imprudencia de haberse confiado de un Borgia; y el usurpador continuó en el camino en el cual se había puesto, « con una fortuna, escribe Maquiavelo, inaudita, y una esperanza más que humana ». Lástima que no haya quedado más que la primera hoja de la carta donde el secretario florentino, para reparar la pérdida de muchas cosas, repilogaba a su gobierno estos hechos « memorables » a los cuales había asistido. De lo que ha quedado, se ve, con cuanta diligencia él trazaba un cuadro de la empresa borgiana; y se ve también que admiraba los resultados aunque no mostrase mayor repulsión por los modos empleados. Allí es cuando Maquiavelo, por así decirlo, ha esbozado la figura histó-

rica de César Borgia. Cuando de los alojamientos del duque escribe lo que hemos visto sobre las acciones de éste, se refiere no al hombre sino al duque. Asombrado de su modo de urdir y llevar a la práctica las más audaces empresas, él lo muestra como ejemplo a la República, débil y titubeante, no ya el Borgia de cuyo valor moral prescindía, pero sí la política borgiana. En la fantasía de Maquiavelo, encendido delante de este hombre, que de nada se había conquistado un dominio, y lo organizaba y armaba con la intención de más vastas empresas, la figura del bastardo de un triste papa español se iba transmutando y como engrandeciéndose, tornábase la imagen ideal del fundador de un nuevo reino y casi de una Italia nueva. Esto explicaría, un hecho bastante singular a primera vista, es decir, la notable divergencia entre las cartas que Maquiavelo escribía a Florencia desde el campo o desde la corte del duque y la descripción del modo empleado por el duque para matar a Vitellozzo Vitelli, Oliverio de Ferbo, etc., pequeño experimento científico que escribió sobre esos hechos. Los acontecimientos de los cuales él había sido testigo ocular, en la descripción son narrados diversamente que en las cartas. Así él hace aparecer que próximo a tomar Sinigaglia y no habiéndose querido rendir la fortaleza ni a Vitelli ni a Orsini, porque el castellano la quería entregar a la persona del duque, hace aparecer que en esta ocasión licenció todas las tropas francesas, cuando en cambio ellas fueron llamadas por Luis XII, contra la voluntad del duque, y Maquiavelo no podía ignorar ni haber olvidado esto, ya que poco antes había escrito a la señoría que ese hecho había quitado al duque « más de la mitad de las fuerzas y dos tercios de la reputación ». Lo cual demuestra que en la descripción él ha entendido no hacer una exposición histórica, pero sí, la

de los principios científicos históricos, a fin de demostrar una tesis. El duque, era más que nada un precursor de aquel príncipe, que Maquiavelo esbozará más tarde en su libro; animoso, activo, capaz en un momento dado de levantar Italia y armarla a fin de echar a los extranjeros para siempre.

Hacia el año 1503, la República encuéntrase angustiada por la urgente necesidad de dinero para contratar nuevas tropas ya que no sólo amenazan los Borgia de un lado y los pisanos de otro, sino que un nuevo ejército francés estaba en camino para Nápoles y a nadie era dado prever las complicaciones y peligros que de eso podrían nacer. Este fué el momento, en el cual el gonfalonero Soderini, que había hasta ahora gobernado con gran favor, y todo le había resultado bien, encontró la primera oposición de sus conciudadanos. Siete propuestas diversas, fueron en febrero y marzo de 1503, presentadas al Consejo mayor para obtener el dinero necesario. Y ninguna fué aceptada. Después de varias infructuosas tentativas y por iniciativa del gonfalonero Soderini, el que leyó un solemne discurso ante el consejo, se consiguió establecer un diezmo sobre todos los bienes muebles comprendidos los eclesiásticos, cuando se tuviese el permiso de Roma y de arbitrios sobre el ejercicio de las profesiones. Con esto, las cosas volvieron a su estado normal, habiendo sido superadas las dificultades más fácilmente de lo que se hubiera supuesto.

Maquiavelo escribió entonces el discurso que, según él, había debido hacerse en aquella ocasión. Si lo escribió por orden de Soderini y si verdaderamente es él mismo que éste leyó ante el consejo no podemos afirmarlo. Aunque es cierto que él lo compuso como si a eso fuera destina-

do. Escrito en forma de poder ser ampliado al pronunciarlo; tiene una fuerza y conclusión de estilo singularísima y se encuentran muchas de aquellas máximas, sentencias generales y reminiscencias históricas, aun no bien coordinadas entre ellas en la mente del secretario florentino pero que eran siempre expresadas con gran lucidez. Hace notar que todos los estados tienen necesidad de unir la fuerza a la prudencia. Los florentinos habían dado prueba de prudencia al dar unidad al gobierno y ahora debían darla proveyendo a su defensa, — cuando pocos meses antes habían estado vecinos a la ruina por obra del duque. Luego, examina la situación de Florencia en medio de dos o tres ciudades que más desean su ruina que su prosperidad. La situación general de Italia y el poder de los venecianos, el papa y el rey de Francia. Cita el caso de Constantinopla, en víspera de ser tomada por los turcos y recuerda el llamado dirigido por el emperador a los ciudadanos, los cuales desoyéndolo sólo reaccionan cuando el enemigo se hallaba a las puertas de la ciudad, y eran ya inútiles los dineros que ofrecían. Lo que debe notarse en la tendencia cada vez más marcada de Maquiavelo de formular máximas de política general, aún hablando de un asunto tan simple, como era recomendar un nuevo impuesto.

Las negociaciones iniciadas por los Borgia para hacer alianza con los florentinos, continuaban sin esperanza de algún resultado práctico porque éstos querían proceder en todo con el consenso de Francia, la cual se alejaba del papa, que demostraba favorecer a los españoles. Ella buscaba de concentrar una liga entre Siena, Florencia, Luca y Boloña. Y sólo había hasta ahora conseguido ayudar a Petrucci a volver a Siena. Los florentinos mandaban en abril de 1503 a Maquiavelo para comunicar a aquel se-



ñor las proposiciones hechas por el papa y ésto a fin de darle una prueba de amistad más que con la esperanza o el deseo de llegar a un resultado práctico. No teniendo más objeto que esta su misión y no habiendo ocurrido parte de los acontecimientos que se preveían en las instrucciones, tornó rápidamente a Florencia.

Conseguido el dinero necesario para la defensa de la República, Maquiavelo a su vuelta de Siena, se pone de inmediato a la tarea de organizar la defensa no tanto contra posibles ataques del duque, si no los excesos a que podrían entregarse sus tropas, que acababan de ser licenciadas. Aunque esto distraía nuevamente las tropas de la República, los florentinos estaban decididos a llevar adelante la campaña contra Pisa, aprovechando la buena estación. Con este objeto se habían enviado al campo de operaciones como comisarios de guerra a Antonio Giacomini, que hacía las veces de capitán con entusiasmo cada vez mayor, y a Tomás Tosinghi. En abril una circular de los Diez, ordenaba todos los preparativos necesarios para la marcha de las tropas, sus armas y aprovisionamientos. Los pisanos ante estos preparativos, dieron señas de querer llegar a un acuerdo pero los comisarios no se dejaban envolver en estos manejos, declarando querer atenerse a los hechos con gran aprobación de los Diez, los cuales les alentaban a seguir en forma enérgica la campaña. La marcha de las tropas produjo gran satisfacción en Florencia y Maquiavelo al escribirle, no solo transmitió las órdenes, sino que agregaba consejos y pareceres sobre la dirección de la campaña, entrando en las minuciosas particularidades como si fuese un hombre de guerra y tuviese la dirección de la campaña. Los progresos fueron rápidos y se obtuvieron varias victorias, pero la noticia de que los france-

ses comandados por la Tremouille avanzaban hacia Nápoles, hizo suspender todas estas operaciones, siendo necesario tener el ejército libre, para cualquier evento. En esta indecisión pasó gran parte del año, cuando nuevos acontecimientos en Roma, cambiaban las condiciones de la política italiana. Parece que hubiese surgido una disidencia entre el duque y el papa no queriendo aquél ir contra Bracciano y los Orsini, por respeto a la Francia, mientras el otro se mostraba por esto, tan lleno de furor, que amenazaba excomulgar al hijo, y corrió por último la voz de que habían llegado a las manos. Pero según el embajador veneciano, esto no era más que una farsa para poder llevar adelante sus planes durante los próximos e inevitables desórdenes, y a este fin se hicieron de dinero por todos los medios posibles. Las persecuciones y asesinatos que sucedían y los caudales de las víctimas fueron a engrosar la bolsa de los Borgia, los cuales hacían los mayores esfuerzos para encontrarse listos a nuevas empresas en medio de la desorientación general, que era con frecuencia de los rápidos cambios que ocurrían en el napolitanado, donde las armas francesas eran abatidas por los españoles. Luis XII debió rehacerse por completo atacando directamente a España, y enviando a Italia un fuerte ejército, el cual debía ser aumentado con las tropas ofrecidas por Florencia, Siena, Mantua, Boloña y Ferrara.

La tortuosa política del papa tratando con todos contra todos, después de tanto agitarse, lo había llevado a una situación muy difícil, quedando condenado a la inmovilidad, sin poder contar con la amistad de nadie. Y el duque, que se armaba para ir contra Siena, unirse a Pisa, y haciéndose dueño, arrojarle contra Florencia, no podía tampoco el hacer un paso, ya que había en el camino encontrado el ejército francés, y le hubiera sido forzoso de-

clararse amigo o enemigo. Queriendo reservarse para todos los eventos posibles, no le convenía ni uno ni otro partido y por lo tanto, el resultado de tantas luchas, de tanta astucia y tantos asesinatos, era también para él la incertidumbre y la inmovilidad. Pero un hecho inesperado viene a cambiar de improviso el estado de las cosas. Después de una cena que tuvo lugar en los compartimientos del cardenal Adriano en el Vaticano, el 5 de agosto y a la cual asistió el papa y el duque, todos los concurrentes, se sintieron atacados por la fiebre que azotaba en aquel entonces la ciudad. El papa dada su avanzada edad, después de una corta enfermedad, falleció el 18 de agosto, produciéndose con este motivo, una confusión enorme. El duque aunque también se hallaba gravemente enfermo, hizo transportar al castillo buena parte de sus cosas y dió orden a su gente de venir a Roma. Y don Miguel, *faccioso* del duque, que había con algunos hombres armados, entrado en las habitaciones del papa, y cerrando las puertas, poniendo un puñal en la garganta al cardenal Casanova, hizo que éste le entregase dinero y alhajas pertenecientes al papa, por valor de 300.000 ducados. Todo tuvo un aspecto lúgubre, siniestro, hasta la sepultura. Lavado y vestido el cadáver, fué abandonado con solo dos cirios encendidos. Y sus exequias dieron lugar a tristísimos hechos. Reunido el conclave, él fué campo de lucha de todas las ambiciones y choque de encontrados intereses. Llegaron a Roma el cardenal de la Rovere, después de un exilio de diez años, el cardenal Sforza liberado de la prisión por obra del de Ruán, que aspiraba al papado y otros muchos.

El 22 de septiembre fué elegido papa, Francisco Todeschini de los Piccolomini, que tomó el nombre de Pío III, el cual tenía 64 años y se hallaba tan enfermo, que subía

al trono como una sombra pasajera, casi destronado sólo a dejar mayor tiempo a las gestiones que siguen realizándose para sucederle. Las tropas francesas que se habían detenido a su paso por Roma, continuaban hacia el sud, y el duque encontrándose solo ante sus antiguos enemigos, llenos de deseos de venganza, volvió rápidamente a Roma. Supo que las ciudades que había hecho suyas, llamaban sus antiguos señores, los cuales tornaban y eran recibidos con gran júbilo. La Romaña aun le quedaba fiel. Esperando siempre salir adelante por medio de intrigas y creyó que la nueva elección le sería favorable. Pero aliados los Orsini y los Colonna con Gonzalvo y España, consiguieron entrar al Vaticano con el fin de adueñarse de César Borgia que perseguían a muerte, y éste tuvo que encerrarse en el castillo de San Angel, donde lo tuvieron casi prisionero y conoció la noticia de la muerte del nuevo papa. El éxito de la nueva elección, no podía ponerse en duda, porque todo había sido arreglado con dinero, con intrigas y arreglos por el duque, el cual se había asegurado una fuerte protección con el nombramiento de un papa adicto a él. Apenas reunido el conclave, es elegido Juliano de la Rovere, acérrimo enemigo de los Borgia, de un temple de acero y riquísimo. Este solo miraba a la potencia y grandeza política de la Iglesia, con un entusiasmo maravilloso a su edad y las promesas hechas al duque sólo pensaba mantenerlas mientras éste fuera útil a la política que se proponía llevar adelante, que era expulsar a los venecianos de la Romaña, hacia donde avanzaban. El estado de las cosas, se fué rápidamente complicando; con este papa comenzó una nueva época no sólo en Italia, sino en Europa. Tiene, por lo tanto, mayor importancia la nueva legación de Maquiavelo, quien entonces fué enviado a Roma.

Florenzia estaba atenta a lo que sucedía en los estados del duque y muy preocupada, por el avance de los venecianos que aspiraban siempre a la monarquía de Italia. Disponíase por lo tanto a la defensa, y si era necesario, estaban dispuestas a ayudar aún al mismo duque, con tal de cerrar el paso a aquéllos. Después de una pequeña intriga respecto a la posesión de Forli, que los florentinos deseaban apropiarse, pero sin que tuviera consecuencias, Maquiavelo fué enviado a Roma, el 24 de octubre con instrucciones y cartas de recomendación para muchos cardenales que debía visitar especialmente al cardenal Soderini, que trataba allí los principales asuntos de la República y del cual debía depender. Era enviado a condolerse de la muerte de Pío III, recoger todas las noticias que pudiera, durante la reunión del conclave y aun concluir mediante el cardenal de Ruan, una contrata de tropas con G. P. Baglione. Esto se hacía en nombre de los florentinos, pero enteramente al servicio y en interés de Francia. Por otra parte, los acontecimientos cambiaron rápidamente, el objeto de esta misión. Al llegar Maquiavelo a Roma, ya estaban por terminar los escandalosos manejos con los cuales se preparaba la elección del nuevo papa, descontándose ya el triunfo del cardenal de la Rovere. Los ánimos estaban muy agitados y el desorden grandísimo. La proclamación inmediata del cardenal, que tomó el nombre de Julio II, hizo innecesario recoger noticias en torno del conclave, pero surgían cuestiones bastante más graves respecto a la forma en que el papa cumpliría las promesas hechas al duque y la política que seguiría con Venecia, cuyas tropas avanzaban hacia Romaña. Maquiavelo trataba por todos los medios juntamente con Giustiniani, de obtener informes preocupándose mucho más del papa que del duque, al cual la República ya no temía. Pronto se vió que

el papa estaba decidido a reconquistar las tierras que según él pertenecían a la Iglesia. Los florentinos deseaban ante todo ver declararse al papa contra los venecianos. La necesaria prudencia usada por él ante las primeras noticias del avance de aquéllos, eran interpretadas desfavorablemente, pero bien pronto pudieron convencerse de su resolución de impedir la marcha de los venecianos y en cambio tuvieron nuevos motivos de preocupación con la marcha del duque, el cual tenía que pasar por Toscana, cuando se hubiese dirigido a Roma. Maquiavelo no tenía muchas ocasiones de aproximarse al papa, y por lo tanto, no sabía cuál era su ánimo hacia un hombre que había odiado mucho pero al cual había también prometido mucho. La importancia de esta legación, para el que estudia la vida de Maquiavelo, proviene de encontrarse éste, después de breve tiempo, nuevamente en presencia del duque caído del poder y de la fortuna, en el cual lo había visto la primera vez. El escribe y razona ahora con una indiferencia y un desprecio que ha escandalizado a muchos, los cuales querrían ver en esto no sólo una flagrante contradicción con cuanto había escrito de él en otra ocasión, sino también la prueba de una bajeza de ánimo tal, que sólo sabía admirar los sucesos felices y la buena fortuna y estaba pronto a caer sobre el héroe cuando lo viera caído. Este falso juicio no es más que las consecuencias de una errónea interpretación de los escritos anteriores, atribuyendo a la admiración que sentía Maquiavelo, por la audacia y la habilidad del duque, un valor que no podía tener. Aun puesto al lado de un bandido que hubiese sabido someter a un país y dominarlo, había admirado la habilidad y el coraje sin por eso dejar de demostrar su repulsión por algunas acciones sangrientas y crueles. Habría aún podido formarse en la propia fantasía una espe-

cie de héroe imaginario laudándole la prudencia y virtud, en el sentido que estas palabras tenían en el Renacimiento italiano. Y todo esto por la naturaleza de su ingenio, por las costumbres de la época, y aun, si se quiere, por la frialdad de su corazón, no malo, pero tampoco lleno de muy ardientes entusiasmo por el bien. Pero si luego hubiese encontrado al « hombre » en su repulsiva e inmoral monstruosidad, él, siguiendo siempre el mismo examen impasible de la realidad, lo hubiera descrito y juzgado tal cual verdaderamente lo veía y lo era.

Mientras tanto, muchas eran las voces que corrían respecto a las intenciones del papa a propósito de las promesas hechas. No quería mantenerlas y no quería pasar por violador de la fe, cargo que él tantas veces había hecho a los Borgia. Los venecianos avanzando se habrían apoderado de Imola y asaltaban a Faenza. La situación había ahora totalmente cambiado, el duque no tenía más la fuerza a sus órdenes, si trataba ahora de razonar y discutir, Maquiavelo, sentía toda su superioridad sobre su interlocutor, que en otra ocasión le había parecido tan grande. Roma era ahora el centro de los más grandes asuntos del mundo : aquéllos entre España y Francia que son los principales de Europa ; las cosas de la Romaña y la facción de los barones. Pero el papa obligado a todos por su elección, y no habiendo todavía recogido fuerza y dinero, no puede decidirse a favorecer a ninguno. Respecto al duque, su actitud era también poco franca por cuanto, por una parte solicitaba un salvoconducto para que pasara por Toscana, y por otra parte mostró alegrarse mucho cuando le fué negado por los florentinos, respecto a lo cual escribía Maquiavelo que se veía claro que quería sacárselo de encima, sin parecer faltar a su promesa y por lo tanto no se preocupaba de lo que los otros hagan contra él. Bien distin-

ta debía ser la impresión producida en el ánimo del duque la noticia de que se le negaba el salvoconducto, el cual, en cuanto vió a Maquiavelo, demostró su furor y diciendo que había ya mandado su gente y que no podía esperar, el cual trató de calmarlo prometiendo escribir nuevamente a Florencia, donde el duque hubiese podido mandar un delegado y quizá alguna cosa se hubiese obtenido. Pero a los Diez les escribía diciendo haber hablado así para calmarlo, y porque amenazaba de darse a los pisanos o a los venecianos, con tal de causarles daño. Ahora las cosas volvían a agravarse, porque los venecianos, habían tomado Faenza, y no mucho después Rimini. Maquiavelo entonces en forma verdaderamente profética, escribía que esta empresa de los venecianos será una puerta que abrirá a ellos toda Italia o hará su propia ruina. En efecto, aquí está en germen la verdadera liga de Cambrai, y el cardenal de Ruán juraba que si los venecianos amenazaban a Florencia, el rey dejaría todo para correr en su ayuda, el papa afirmaba que si no cambiaban de conducta los acosaría juntamente con Francia, con el emperador o con cualquiera que quisiera su ruina, como después realmente lo hizo. Habiéndose decidido el papa a obrar resueltamente respecto al duque, el cual se había negado a entregar las fortalezas de Cesena y de Forli, dió orden de arrestarlo, lo que hizo circular la versión de que César Borgia había sido echado al Tiber, cosa a la cual Maquiavelo no prestaba mayor fe, agregando sin embargo : « creo bien que aunque no sea, será... César Borgia, mientras tanto, llegaba prisionero a Roma, sus tropas fueron deshechas y don Miguel tomado prisionero, con gran alegría del papa que quería tenerlo en las manos, para descubrir todas las crueldades, robos, homicidios, sacrilegios y otros infinitos males que de once años acá se han hecho en Roma contra Dios



y los hombres. A mí me dijo sonriendo, que quería hablarle para aprender alguna cosa de él para saber mejor gobernar la Iglesia. »

La legación en realidad terminaba. Maquiavelo se dispuso a reformar a Florencia, siendo retenido por una pequeña indisposición y por las instancias del cardenal Soderini, que no quería separarse de él. Continúa transmitiendo las noticias que puede recoger y, por último, parte llevando una carta del cardenal en la cual éste hacía de él los más altos elogios a la República, como hombre de fe, diligencia y prudencia sin par.

Mientras Maquiavelo se encontraba en Roma, combatíase en Nápoles entre España y Francia, por la posesión de ese reino, y él se había ingeniado de informar a su gobierno sobre el movimiento de los dos ejércitos. No había él llegado a penas a Florencia, cuando arribó la nueva de la derrota de los franceses, en Garigliano. Siguiéron días de grandes preocupaciones para los florentinos que ya estaban muy afligidos por los progresos que realizaba los venecianos en la Romaña; temiéndose que Gonzalo de Córdoba fuese a pasar con su victorioso ejército por la Toscana hacia la alta Italia y para vengarse de los florentinos, quedados siempre leales amigos de la Francia. Y como Nicolás Valori, embajador de la República ante Luis XII, no mandase ninguna noticia de los preparativos que estuviese por hacer aquel gobierno en ayuda de Florencia, expuesta a tan grave peligro, el 14 de enero de 1504, fué mandado con gran prisa a Lion Nicolás Maquiavelo, para ver personalmente las providencias que tomaban los franceses, y si éstas no fuesen suficientes, decir claramente que los florentinos habrían buscado su salvación inclinándose a otra parte. Como no estuviese él con-

forme y no le satisficieran las promesas que le daban, hizo comprender que se necesitaba ayuda efectiva e inmediata. El rey y el cardenal de Ruan, ante los insistentes pedidos de la República daban respuestas vagas y poco satisfactorias.

Pero el 11 de febrero, fué firmada entre España y Francia una tregua de tres meses, y en esa fueron incluidos expresamente los florentinos, como amigos del rey de Francia, y pocos días después, Maquiavelo retornó a Florencia, donde lo esperaban nuevas cargos : una legación al señor de Piombino, para darle seguridades de la sincera amistad de la República y para tratar de distanciarlo de los sieneses y, más trabajosa y cansadora que nunca, la guerra con Pisa, a la cual querían los florentinos poner término ahora que la tregua de Lion, les había librado de mayores males. Más que nada le dió mucho que hacer desde agosto a octubre, la descabellada idea, en que a despecho de muchos que lo disuadían, se había encaprichado Soderini, de cortar el agua a Pisa desviando el curso del Arno. En esta bizarra empresa fueron gastadas ingentes sumas, y a mitad de octubre fué abandonada.

En este momento, justamente Maquiavelo se puso a escribir uno de los primeros versos que se conocen de él, y en quince días compuso su *Decenal primero*, que dedica a Alamagno Salviati con carta del 9 de noviembre de 1504. Son estas narraciones, donde en tercera rima, al ejemplo de los poetas históricos, son rememorados los hechos ocurridos en Italia en diez años a contar desde el paso de Carlos VIII. La primera parte tiene una cierta solemnidad, pero la narración vuélvese menos poética, y el sarcasmo mordaz e ingenioso que la anima, es una de las

razones de la gran aceptación y difusión que tuvo al aparecer.

Pero poco tiempo pudo dedicar Maquiavelo a estos ocios puesto que la República, apenas repuesta del temor del paso del Gran Capitán, y dejada truncada la extraordinaria empresa de desviar lejos de Pisa el curso del Arno, se encontró enredado en más grandes preocupaciones. Un condottiero ambicioso y audaz, Bartolomé de Albiano, separándose mal satisfecho de Gonzalvo de Córdoba, parecía que se viniese preparando, con la ayuda de los Vitelli, los Orsini, del señor del Piombino y de Pandolfo Petrucci, a alguna tentativa por cuenta suya, en la Italia central y aun contra Florencia. Los pisanos después del fracaso grotesco de aquella empresa, a que, por complacer a Soderini, Maquiavelo había dedicado tanta de su incansable energía, habíanse hecho más audaces que nunca y a fin de marzo de 1505, encontrándose con las milicias florentinas cerca del río Osole, tuvieron sobre éstas una plena victoria; Baglioni, en cambio de renovar la contrata vencida y de llevar ayuda a la República, estaba en Perugia, sordo a los reiterados pedidos que aquella le hacía; y se decía que participaba él también en las maquinaciones contra Florencia.

A éste fué mandado Maquiavelo con comisión el día 8 de abril, una semana después de la derrota que les habían infligido los pisanos. Debía, pues, con buenas maneras y habilidad, hacer salir de su situación ambigua al poco fiel condottiero. Este no era, sin embargo, de carácter tal que dejase traslucir sus intenciones. A las insistencias de Maquiavelo, respondió firmemente que aquel año no quería servir a nadie, y atender personalmente a sus cosas,

en Perugia. En cuanto a su disposición hacia la República, aun quejándose de ciertos hechos, protestaba que eran las más amistosas y claras. Sacarle otra respuesta no fué posible; pero Maquiavelo informándose fuera de palacio, supo que él tenía asiduas entrevistas con Petrucci, con Albiano y con los Orsini, y sacó en consecuencia que no era posible fiarse de él.

Fué todavía mandado, pocas semanas después de su retorno de Perugia, a Mantua para concluir una contrata de tropas con aquel marqués; pero no pudo llegar a arreglar nada.

De retorno, fué enviado a Siena a entrevistarse con Petrucci, que parecía haberse separado de Albiano y mostraba deseos de hacer amistad con los florentinos, mediante ofertas de ayuda. En realidad, él continuaba ligado a Albiano y quería tender un lazo a la República. Estipular una contrata de tropas, recoger las provisiones y después no desenvainar la espada, o hacerlo en favor de Albiano. La comisión no fué muy fácil por el carácter de aquél el cual con gran astucia disimulaba sus intenciones. Con éste, y con su secretario Antonio de Venafro, del cual el duque de Valentino decía que había sido « el cerebro » de la conjura contra él, Maquiavelo tuvo entre el 17 y el 24 de julio muchos y grandes coloquios; pero no consiguió ver claro entre los giros que aquéllos daban para esconder su verdadero pensamiento y las noticias contradictorias que, como al descuido, daban acerca de los movimientos y los acuerdos de Albiano, sacando en claro solamente que de Petrucci como de Baglione, la República debía cuidarse como de un enemigo; y de los tortuosos e insidiosos razonamientos de aquel príncipe que intercalaba en sus discurs-

sos sentencias inteligentes y sutiles de político confirmado, derivó nuevos elementos para su experiencia del arte del gobierno y para su concepción de una ciencia del Estado.

Mientras tanto, Albiano dejando toda duda, había avanzado resueltamente hacia el territorio florentino, y la República debió renunciar a la esperanza de remover de su cabeza el peligro que le amenazaba recurriendo a las armas y dejando a un lado por el momento las prácticas diplomáticas. Giacobini, llamado nuevamente y con la cooperación solícita de Maquiavelo, hizo en breve tiempo los oportunos preparativos, y el 17 de agosto, rechazó a las torres de San Vicente, las milicias de Albiano, que, herido, consiguió salvar la vida. Desgraciada victoria, que Soderini, hombre recto pero incapaz y obstinado en sus errores, contra el parecer de sus conciudadanos más prudentes, de los Diez y de Giacobini, malogró, tentando sin mayores preparativos un nuevo asalto contra Pisa. Los florentinos, como era de preverse, tuvieron la peor parte y fueron dos veces con poca honra y muchas pérdidas rechazados. Giacobini que a pesar de opinión contraria habíase prestado con la bravura acostumbrada para que la tentativa tuviera un buen fin, fué poco generosamente acusado de haber sido la causa de la derrota, y como él con desdeñoso gesto mandó su dimisión del puesto, le fué inmediatamente enviado el sucesor y él se vió desde entonces pobre y olvidado. De ésto se duele amargamente Maquiavelo porque había visto la obra de Giacobini y sabía cuánto él valía, y porque si él hubiese sido conservado en su puesto, hubiese podido serle valiosísimo auxilio para la realización de su vieja idea, que venía siempre madurando y ampliando, de la constitución de una milicia ciudadana.

Había de pocos meses atrás dado comienzo a la realización de esta generosa empresa, cuando el 25 de agosto, se firmó la instrucción que le encargaban una nueva legación acerca de Julio II, el cual con la idea de reconquistar las tierras que habían pertenecido a la Iglesia, con entusiasmo juvenil y soldadesco, se había puesto con veinticuatro cardenales a la cabeza de pocos centenares de hombres de armas y de su guardia suiza, para ocupar Perugia y Bolonia, ciudades fuertísimas y bien provistas. Debía Maquiavelo, después de las acostumbradas protestas de amistad y de devoción, decir a nombre de la República que ésta no podía por el momento sacar del campo de Pisa a Marco Antonio Colonna y su compañía para mandarla al pontífice que la había pedido y que se le mandaría indudablemente cuando la empresa fuese un hecho. Debía por otra parte, estar cerca de su santidad hasta tanto no fuese un orador desde Florencia y mientras tanto, tenerlos diligentemente informados de lo que ocurriese digno de ser sabido. Partió él en seguida y encontró al papa en Nepi, y juntóse con su corte. Tuvo audiencia el día siguiente en Civita Castellana, y Julio II se mostró lleno de confianza en su empresa y muy pagado de las promesas de los florentinos. De ahí en adelante él lo sigue durante todas las etapas del camino hasta Imola, desde donde volvió a Florencia a fines de octubre, apenas llegado ante el pontífice el embajador de la República, Maese Francisco Pepi.

Las cartas de esta legación que habrían podido ser interesantísimas, por lo singular del gesto no menos que por la personalidad del papa, aun conteniendo pareceres diligentes y difusos, están bien lejos de la importancia y de la belleza de aquellas escritas durante la comisión de Romaña, y durante y después del conclave, y aun son inferiores, a aquellas escritas el año anterior desde Perugia y

de Siena. Y es que Maquiavelo no era de carácter de poder admirar la naturaleza impetuosa, diferente de los sucesos en el cual se había mostrado maestro el duque, del viejo pontífice y su política, no privada de cierta bella grandiosidad, más improvisada, dirigida a la solución del momento, más vale que a la actuación meditada y orgánica de un plan vasto, neto y durable y tenía un profundo desprecio por los curas y una escasa consideración, por el principado eclesiástico, derivando su poder, más que de la habilidad del príncipe o de la fuerza efectiva, del auxilio, en efecto extrínseco de la ciencia del gobierno, de la religión.

Acostumbrado, además, a la desconfianza y a la circunspección armada y sospechosa con que tratábanse los unos a los otros, aun cuando obtentaban cordialidad, los señores acerca de los cuales se había encontrado, no comprendía como Julio II, pudiera ser tan imprudente; y como lo vió entrar inerme y sin séquito, acompañado por el cardenal, en Perugia, de la cual Juan Pablo Baglione, parricida, reo de incesto y maestro de atrocidades, habíale abierto las puertas, le parecía que se fuese ingenuamente a meter en la boca del lobo. « Encontrándose el papa, escribió entonces a los Diez, aquí con estos reverendísimos, bien que las gentes de la Iglesia, sean alojados en torno a estas puertas, y aquellas de Juan Pablo, un poco más alejadas, no menos el papa y el colegio están a discreción de Juan Pablo, y no él de ellos; y si no hará mal a quien ha venido a sacarle el Estado, será por su buena naturaleza y humanidad. » Bueno y humano Baglione, si en cambio del pontífice, él hubiese tenido en su ciudad, cualquier principillo, no hubiera dejado de sacar partido de la ocasión y renovado sobre su huésped la triste historia de Sinigaglia. Pero tratándose del papa, hubiera sido audacia

tan temeraria, que intimaría no sólo al hosco señor de Perugia; y aquellos bien lo sabían.

Otra razón del menos ferviente interés, demostrado por Maquiavelo en esta legación, proviene de la preocupación que lo embargaba por la instauración, como hemos dicho, de la milicia nacional, y que había debido interrumpir para trasladarse junto a Julio II. La actividad apasionada, incansable por él desplegada desde 1505 a 1507, en esta obra nobilísima revelan un aspecto completamente nuevo de su carácter. Hasta aquí le hemos visto infatigable y desinteresado servidor de la República, pero frío e insensible; admirable por las estupendas pruebas de su intelecto pero no por un exceso de entusiasmo. En esa época compuso su relación sobre la institución de la nueva milicia.

La idea de instituir una milicia propia era de antigua data en la República, pero faltaba la fe en su resultado y esta fe la tuvo Maquiavelo. Pero en el ensayo efectuado, la pésima condición de casi todos los capitanes, la cobardía de las tropas que durante el último asalto a Pisa se habían rehusado a presentarse delante de la brecha abierta, habían persuadido ahora más que nunca que sólo se podía contar sobre los soldados de oficio y esta es una idea que Maquiavelo combate siempre, esforzándose en demostrar que todo el mal venía de la falta de orden y de disciplina.

Después de mucho bregar consigue abrir nuevamente camino a la idea y desarrollando una enorme actividad, se entrega por entero a la ejecución de su proyecto en medio de la desconfianza general que veía en ello un peligro para la libertad de la República, ya que ponía en manos del gonfalonero un arma para transformarse en un tirano. Para él era tan evidente las ventajas y la necesidad de



tener una milicia propia, que no alcanzaba a comprender la desconfianza que ello inspiraba. ¿No se fundaba precisamente sobre los ejércitos nacionales, la potencia de los mejores estados de Europa? La indómita resistencia de los Pisanos, ¿de dónde procedió sino de haber ellos mismos empuñado las armas?

En cuanto a las normas seguidas en este experimento, las encontramos en las *Relaciones* citadas anteriormente. A la relación sigue una ordenanza según propuestas de Maquiavelo. Fué instituído el 6 de diciembre de 1506 un magistrado de los Nueve de la milicia y él fué electo secretario. De acuerdo con la ordenanza fué nombrado jefe Miguel de Coriglia, el capitán de César Borgia, propuesto por el mismo Maquiavelo, que quería mantener la disciplina por una mano de hierro y que entendía que el arte de gobernar se regía por principios bien diversos de aquellos que dictaba la moral.

El ímprobo trabajo de Maquiavelo en favor de la ordenanza no fué obstáculo para que la Señoría le nombrase en este tiempo para desempeñar nuevas misiones diplomáticas.

En agosto de 1507 fué enviado a Siena para ver con qué séquito viajaba y cómo era recibido en aquella ciudad el cardenal Bernardino Carvajal, que el papa mandaba al encuentro de Maximiliano, el cual decía que venía a Italia para tomar la corona imperial. Tenemos en esta humilde legación tres cartas bastante originales, en las cuales Maquiavelo informa a los Diez con mucha prolijidad el número de camareros, mayordomos y aun de caballos y de mulas que el cardenal traía consigo, de las órdenes dadas a los hosteleros de Siena para alojar tanta gente y tantos animales y hasta del regalo hecho por los ciudadanos al cardenal.

Una comisión más importante, si no en sí misma, por los escritos a que dió lugar, fué confiada a Maquiavelo en diciembre de este mismo año. Maximiliano de Alemania había obtenido de la Dieta de Constanza un ejército, que parecía fuese destinado a descender a Italia, y entre otras cosas para hacerse coronar por el pontífice, para restablecer la autoridad imperial, y además para tomar a Francia, que le había quitado Génova y con la cual estaba en malísimas relaciones dicha ciudad.

La amenaza de tal invasión y el pedido de 500.000 ducados que él había hecho a la República, tenía grandemente preocupados a los florentinos. Estos habían mandado ante el emperador a Francisco Vitteri, y aquél había accedido en seguida a más módicas pretensiones; por el momento se contentaba con 50.000 ducados, pero los quería en seguida. En caso contrario, que el embajador florentino no se presentase más ante él, Vittori escribía pidiendo que el gobierno se decidiera, y la elección no podía ser más difícil, porque aceptando la exigencia del emperador, ya por sí misma grave dada la situación del tesoro, los florentinos habrían causado el enojo de Francia, oponiéndose incurría en la pérdida de la amistad del emperador. Con todo fué determinado establecer los últimos términos de un acuerdo posible y mandarle a Vittori, no para concluir en seguida, sino en caso de necesidad extrema, dejando juez de esto al mismo; y Maquiavelo, por la insistencia de Soderini, que quería tener una persona de su confianza acerca del embajador, fué contra su deseo enviado con las instrucciones del gobierno. El encargo modestísimo asume después el carácter de una verdadera legación, la más larga entre todas.

Las cartas de esta legación, menos las dos primeras y la última, fueron escritas por Maquiavelo, el cual se in-

genia con su acostumbrada viveza y diligencia, no sólo a rendir cuenta de las mezquinas gestiones que venían realizando en forma dilatoria con aquel extraño emperador realmente liberal y obligado por su misma liberalidad a pedir, amistosamente o bajo amenaza, dinero a otros estados y abrigando los más vastos planes mientras tenía a su reinado agitado por hondas discordias intestinas y por las turbulencias de los barones; era informando sobre la guerra surgida entre los alemanes y los venecianos por no haber éstos dejado libre paso a las tropas imperiales. Llegó a cabo más adelante una tregua entre el emperador y Venecia, con gran beneficio para Florencia.

La atención de Maquiavelo fué en aquel tiempo completamente ocupada por la observación de aquellos países para él completamente nuevos y por el estudio de la organización política de Alemania. Ya en el viaje de Ginebra a Costanza había podido hacer lo mismo respecto a la constitución del pueblo suizo, de las relaciones de las doce comunas que entonces eran el cuerpo principal de dicha organización. Hace interesantísimas observaciones sobre el Tirol y trata de penetrar el misterio que rodea la corte de Maximiliano y sorprende el lado débil de aquella política desacertada e incoherente. En cuanto a la fisonomía física de esos países que él jamás había visitado, no hay una sola mención, hecho que se repite en la correspondencia de todos sus viajes, y ni siquiera Roma, con la sugestión que ejercen sus monumentos históricos, llamó la atención de este observador de costumbres sociales y políticas; y cuando suspendía sus especulaciones predilectas, se entregaba a ciertas libertades, que luego contaba en las cartas a sus amigos.

Fruto de sus observaciones son sus escritos titulados : *Retrato de las cosas de Alemania, Relación de las cosas de*

*Alemania y Discurso sobre las cosas de Alemania y el emperador.*

Volviendo de Alemania, encontró Maquiavelo doscientos hombres de su ordenanza, unidos a las gentes de armas, ocupados en devastar el territorio de Pisa, lo cual lo hacían bajo las órdenes del comisario Casceira. Los florentinos estaban determinados a realizar un supremo esfuerzo, ahora relativamente fácil, porque habían comprado la adquiriescencia de Francia y de España. Maquiavelo fué encargado de hacer nuevas levadas en los valles de Serchio y en Pescia. De esto se ocupó con gran entusiasmo, como asimismo de tratar por todos los medios de estrechar el sitio a los pisanos, mandado ante el señor de Piombino, con una hábil política, consiguió sembrar cizaña entre los habitantes de la ciudad y los campesinos, los cuales trataban de ayudar en lo posible a los pisanos, y tratando de convencerlo que las ofertas de los pisanos le serían dañosas.

Finalmente la ciudad rebelde fué tomada y los florentinos celebraron el triunfo con gran alegría. Con todo, el horizonte no dejaba de mostrarse obscuro para Maquiavelo. Fué Mandado a Mantúa con el objeto de entregar a un representante de Maximiliano la segunda cuota de la suma de 40.000 ducados que los florentinos le habían prometido. Desde Mantua fue a Venecia a fin de informar a la República de la marcha de la lucha que entonces se desarrollaba en el territorio de Venecia; lo cual hizo con una serie de cartas conteniendo sus observaciones, hechas con su acostumbrada perspicacia.

No obstante sus tareas, se ocupó en los ratos que le dejaba libre esta legación, de mantener una asidua corres-

pondencia con sus amigos, en la cual puede verse reflejada su personalidad, mezcla de fantasía y prosa, grandeza de pensamiento y mezquindad de medios, defectos todos, por cierto, de su siglo. A tarea más digna se entregó con entusiasmo, componiendo el *Decenal segundo*, el cual quedó trunco en la relación de los hechos que se desarrollaban en diciembre de 1509, en tercetos no muy felices, pero no inferiores a los del primero.

Bien se puede decir que en este período de su vida no le fué concedido a Maquiavelo un momento de reposo. El 18 de julio lo encontramos en Blois nuevamente enviado en embajada ante Luis XII.

Florenia, con motivo de la guerra de Francia, su antigua aliada, con el papa Julio II, su temible vecino, se encontraba en una situación muy delicada, debido a que ninguna de las dos partes quería tolerar su neutralidad.

Debía por lo tanto contemporizar con ambas partes, y llevaba en sus bolsillos una comisión de los Diez y una complicada instrucción del gonfalonero. Partió de mala gana, porque veía la dificultad enorme del cargo y tenía pocas esperanzas de poder desempeñarlo convenientemente y no le gustaba dar al astuto rey de Francia los pobres consejos escogidos por el precario político que era Soderini, y sin embargo fué ella una de las legaciones más afortunadas, porque le fué posible llevar las cosas a largas más de lo que hubiera sido dado esperar, y pudo preparar convenientemente el terreno al embajador Roberto Acciainoli, que llegó en septiembre.

A las exigencias por parte del rey, de una intervención inmediata a su favor en la lucha, él supo oponer sólidas y evidentes razones de la imposibilidad en que se encontraban los florentinos de acudir, como lo hubiera desea-

do, en su ayuda, e ir contra la Iglesia con cuyo Estado lindaban, y a cuyo frente se hallaba un papa tan enérgico y resuelto como Julio II.

Durante los varios meses que pasó en esta ocasión en Francia, se ocupó de estudiar a fondo el pueblo y el Estado, escribiendo sus retratos de las cosas de Francia.

De vuelta a su patria, encontró empeorada la situación de la República. Pedro Soderini, amigo de Francia y combatido por el pontífice, era acusado de favorecer las gentes del partido de los Médicis, que adquiría cada vez nuevo vigor y a cuyo frente estaba el cardenal Juan de Médicis, más tarde León X, digno heredero de Lorenzo el Magnífico y mirado en Roma como el verdadero representante de los florentinos.

Urgía tomar medidas, y Maquiavelo se puso con gran celo a formar, al lado de la ordenanza de infantería, una de caballería. Luego fué ante el señor de Mónaco para librar una nave florentina que había sido hecha prisionera, y después, habiendo en ese tiempo la República tenido que hospedar en Pisa aquel famoso conciliábulo que hacía tanta sombra a Julio II y tantas esperanzas a Luis XII, tuvo que correr de Florencia hacia Pisa, de ahí a Milán, de Milán a Francia y volver nuevamente a Florencia, luego nuevamente a Pisa para ver de conciliar, con los artificios y maniobras que el gobierno le aconsejaba, de un lado las iras del cristianismo, y por otro los intereses del Papa. Fué, como es sabido, vana fatiga. Caído en la batalla de Ravenna el joven general Gastón de Foix, los franceses perdieron casi todas sus conquistas. La República debía fatalmente pagar su amistad hacia los caídos. Y ya en Mantúa los confederados, reunidos en congreso,

habían resuelto reponer a los Médicis en Florencia, donde ya muchos de sus más autorizados ciudadanos, cansados de la política titubeante de Soderini, que había concluído por descontentar amigos y enemigos, habían encubiertamente favorecido la restauración de los Médicis. Por lo tanto, mientras Maquiavelo se ocupaba de la formación de la nueva milicia montada y en organizar la defensa, el virrey de Nápoles se presentaba con un pequeño ejército, acompañado del cardenal de Médicis. A la intimación que le dirigieran, Soderini contestó con una energía y valor que le habían faltado hasta entonces; su actitud entusiasmó a los florentinos, los cuales se aprestaron a la defensa. Las milicias con las cuales se pensaba hacer frente al enemigo, eran demasiado bisoñas para que pudieran resistir el choque de tropas aguerridas que volvían de la célebre batalla de Ravena, y por lo tanto, después de las primeras escaramuzas, huyeron cobardemente.

Como consecuencia de esto, Soderini entregó el gobierno sin mayor resistencia; el cardenal de Médicis fué recibido con grandes fiestas, y una comisión por él nombrada se hizo cargo del gobierno de la ciudad, conservando las formas republicanas que tenía antes de 1494. Maquiavelo, conservándose fiel a Soderini hasta el último momento, en vano dió a comprender que hubiera servido también gustoso a los Médicis, y el 7 de noviembre de 1512, los nuevos señores lo privaron de todo puesto, confinándolo por un año dentro del territorio de la República, por decreto del día 10, y por otro del 17 se le prohibió también durante un año entrar en el palacio de la Señoría, prohibición que, por especiales circunstancias, fué muchas veces interrumpida, pero siempre con autorización especial del Colegio de los Priors.

Más grave contratiempo le ocurrió al año siguiente, porque, descubierta la conjuración de Pedro Pablo Boscoli y Agustín Capponi contra la vida de Julián y Lorenzo de Médicis, fué Maquiavelo preso por sospechas de ser uno de los conjurados, y sufrió tortura de seis tratos de cuerda, estando algunos días con grillos en los pies.

Era inocente del delito que se le imputaba, y León X, elegido papa entonces, apenas supo su prisión ordenó que lo pusieran en libertad. Es probable que también se interesara en su favor Julián de Médicis, pues a él dirigió Maquiavelo los dos sonetos escritos en la cárcel.

Al salir de ella se retiró a su posesión en San Casciano, donde transcurrió la segunda parte de su vida.

En la primera, consagrada exclusivamente, como se ha visto, a los negocios públicos, la superioridad de su entendimiento sólo puede apreciarse en la correspondencia que mantenía con el gobierno al darle cuenta de las misiones que le eran confiadas, y en las cuales puso de manifiesto su admirable sagacidad. Recobrado el poder por los Médicis y privado Maquiavelo de cargo público, aplicó la actividad de su espíritu a escritos literarios y políticos, porque sus anteriores ocupaciones apenas le dejaron tiempo para escribir algunas obras poéticas.

La primera de éstas fué un poema titulado *Decenale primero*, que compuso a la edad de treinta y cinco años, en 1504, poema dedicado a cantar los infortunios de su patria, *Lalores itálicos*, según dice en una dedicatoria latina.

Sin terminar dejó la segunda parte del *Decenale*, en donde, en el mismo estilo y forma, proyectaba referir los acontecimientos ocurridos desde 1504 a 1514, y también ha quedado incompleto otro poema titulado *El asno de oro*,



cuyo plan y pensamiento dominante apenas se advierten en los ocho cantos que de él existen, por ser una alegoría llena de alusiones hoy incomprensibles.

Cinco o seis composiciones más : *La ocasión*, ingeniosa alegoría imitada de un poeta de la antigüedad; *La fortuna*, *La ambición* y *La ingratitud*, en que los pensamientos morales están expresados en forma verdaderamente poética; una serenata amorosa, imitación de la poesía de Ovidio Vertumne, y, finalmente, los *Cantos de carnaval*, forman la obra poética de Maquiavelo, en la cual resplandece más la razón que la imaginación. Por ello, y a pesar de su manifiesto propósito de imitar a Dante, su nombre como poeta quedaría obscurecido, entre los de aquel tiempo, a no haber escrito una comedia, *La mandrágora*, que con justicia es apreciada como una de las obras más perfectas del arte dramático en los tiempos antiguos y modernos. « Si la licencia no deshonrara su belleza — dice M. Avenel hablando de esta comedia — me atrevería a afirmar que no hay nada más perfecto ni en Aristófanes, ni en Shakespeare, ni en Molière; y lo más digno de admiración es que esta obra maestra puede considerarse, por su fecha, la primera de las comedias modernas, determinando a la vez, cosa inaudita, el renacimiento del teatro cómico y su perfección. »

Otras tres comedias dejó escritas Maquiavelo : una titulada *Clizia*; otra en verso cuyo manuscrito no tenía título, y otra en prosa, también sin título, del mismo género de *La mandrágora*, aunque de menos mérito y más licenciosa. *Clizia* es imitación, y a veces copia, de la *Casina* de Plauto. La comedia en verso es la menos buena, pues desde luego repugna a la verdad escénica poner en la Roma pagana una acción destinada a reproducir las costumbres de Florencia en el siglo xv.

Pero las poesías, las comedias, el divertido cuento *Bel-fegor*, que también escribió durante esta primera parte de su vida, no son para Maquiavelo más que distracciones con que entretenía su ingenio, mientras se ocupaba de los negocios públicos más importantes. El verdadero trabajo de su talento está en su correspondencia con el gobierno.

No sin gran pesar dejó Maquiavelo las ocupaciones políticas para dedicarse a las literarias; pero tan pronto como volvieron los Médicis a Florencia, por decreto de 8 de noviembre de 1512 fué privado, según hemos dicho, de su cargo de secretario del Consejo. Había tomado parte muy activa en la resistencia popular y por su talento era peligroso enemigo; los vencedores tuvieron, pues, empeño en perseguirle como a otros muchos florentinos importantes, para lo cual sirvió de motivo o pretexto la conjuración descubierta contra los Médicis, de que antes hacemos referencia. Lo que buscaban los gobernantes entonces no era tanto castigar al conspirador como hacer callar al temible político, y esto lo consiguieron.

Cuando salió de la prisión retiróse a una pequeña quinta que había heredado de su familia, y describe en una curiosa carta a su amigo Francisco Vettori cuál era su vida en este retiro.

«Vivo en esta finca mía — le dice — y desde los últimos sucesos políticos, no suman veinte los diferentes días que he estado en Florencia. Hasta ahora cazo tordos. Levántome antes de amanecer; preparo las varetas de liga y salgo de casa con un montón de jaulas a la espalda, parecido a Jete cuando vuelve del puerto con los libros de *Amphitrion*. La caza es de dos a siete pájaros, y así he pasado todo septiembre. Aunque extraña y poco divertida, siento que me haya faltado esta distracción.

« Mi vida actual es la siguiente : Me levanto antes de salir el sol y voy a un bosque que he mandado cortar. Paso allí dos horas viendo el trabajo del día anterior y conversando con los leñadores, que siempre tienen alguna cuestión pendiente, o entre sí, o con los vecinos.

« Cuando me aparto del bosque, voy a la fuente, y desde allí a dónde tengo los aparatos de cazador de pájaros con un libro bajo el brazo, Dante, Petrarca u otro poeta de menos categoría; Tíbulo, Ovidio u otro semejante. Leo sus apasionados amores, recuerdo los míos, y paso algún tiempo complacido por estas ideas.

« De allí voy por el camino de la hostería, y hablo con los que al paso encuentro, preguntándoles noticias de su país. Oigo diferentes cosas, advierto distintos gustos y diversas imaginaciones. Cuando llega la hora de comer, lo hago con mi brigada de trabajadores, alimentándome con lo que mi pobre finca y escaso patrimonio me producen. Después de comer vuelvo a la hostería, donde ordinariamente encuentro al posadero, un carnicero, un carbonero y un ebanista. Con ellos me encanallo durante el resto del día jugando al chaquete, que ocasiona mil disputas y disgustos con acompañamiento de palabras injuriosas; todo, las más de las veces, por un ochavo, lo que no impide que oigan nuestros gritos en San Casciano. Sumido en esta villanía impido que enmohezca mi cerebro y contemplo cara a cara mi mala fortuna, satisfecho de que me pisotee para ver si se avergüenza.

« Llegada la noche, vuelvo a casa. Antes de entrar en mi gabinete, me quito el traje de campo, sucio y enlodado, y decentemente vestido me presento ante los hombres de la antigüedad. Acogido amorosamente por ellos, satisfago mis necesidades intelectuales con este alimento, el único que me conviene y para el cual he nacido. No temo, pues,

conversar con ellos y pedirles cuenta de sus actos, porque siempre me responden cortésmente. Durante cuatro horas no sufro ningún enojo; olvido las penas, y ni la pobreza me asusta ni me espanta la muerte. Yo me doy todo entero a ellos. Y como Dante digo : Que no habrá ciencia si no se ha retenido lo que se ha oído. He notado que yo he hecho un capital de tal conversación y compuesto una obra, *Los principados*, donde yo me esfuerzo lo más que puedo para conocer más profundamente este asunto. Examino lo qué es un principado; cuántas clases hay; cómo se les adquiere, cómo se les pierde, y si alguna vez uno de mis caprichos os ha agradado, éste no deberá disgustaros. Yo debía ser agradable a un príncipe y sobre todo a un príncipe nuevo. Así, yo lo dirijo a la magnificencia de Julián. Felipe Casavechia ha visto mi tratado y podrá instruiros en detalles de la cosa en sí y de los razonamientos que yo he tenido con él. Yo sin embargo lo estudio y lo corrijo.

« Vos querríais, magnífico embajador, que yo dejase mi vida actual y que fuese a gozar de la vuestra. Yo lo haré de todas maneras, pero lo que me retiene ahora son ciertas cosas que habré terminado en seis semanas. Lo que me tiene indeciso es que cerca de vos, bajo esos Soderini, sería forzado, llegando, de visitarles y hablarles. Temo que a mi vuelta, creyendo descender en mi casa, se me haga descender en Barigel, porque, aunque este Estado tenga sólidos fundamentos y una gran seguridad, sin embargo es nuevo, y por esto sospecho, y a nosotros no nos falta Saccenti que, para hacer como Pablo Bertini, pongan los otros a un buen escote y me dejen a mi pagar. Os ruego de sacarme de este temor, y en ese caso yo iré en el tiempo dicho a encontraros de todas maneras.

« He hablado con Felipe de mi opúsculo (*El príncipe*),

y yo le he preguntado si hacía bien en entregarlo o no, y en el caso de que sería seguro darlo, si convendría que lo llevase yo o lo enviase. No darlo me hace pensar naturalmente que Juliano no lo leerá y que este Ardinghelli se hará el honor de este último de mis trabajos. La necesidad que me persigue me impulsa a darlo, porque yo me consumo y no puedo seguir largo tiempo así sin que la pobreza me vuelva despreciable. Yo desearía que esos señores Médicis comenzaran a emplearme, aunque fuera al principio para hacerme rodar una piedra. Si yo no ganara su buena voluntad, yo tendría que quejarme de mí mismo, y por esta producción, si ella fuera leída, se vería que en los quince años que yo pasé estudiando el arte de gobernar, no he perdido mi tiempo; y cada uno pondría precio para servirse de aquel que hubiera adquirido la experiencia a expensas de otro. No se debería dudar de mi fe, porque habiéndola siempre guardado, yo no debo saber faltarla. Aquel que ha sido fiel y bueno cuarenta y tres años (es mi edad), no sabría cambiar de naturaleza; mi indigencia atestigua mi fidelidad y mi bondad. Yo desearía, pues, que vos me escribiéseis, lo que pensáis sobre este asunto, y yo me recomiendo a vos. Sed dichoso. — *Nicolás Maquiavelo.* »

Desde este momento, Maquiavelo entra de lleno en las grandes composiciones literarias y toma, por así decir, posesión de su genio. El tratado de *El príncipe*, los *Discursos sobre Tito Livio*, las comedias y *Los siete libros sobre el arte de la guerra* y *La vida de Castruccio Castracami*, le ocuparon, al mismo tiempo que producciones de obras más ligeras, que debían asegurar su renombre en todos los géneros. Este reposo forzado a que lo obligan los acontecimientos; este reproche del que él no cesaba de protestar, fué

la ocasión de su gloria, y sin ninguna duda si él hubiera seguido como secretario de la República, su pensamiento hubiera sido ahogado por esa esclavitud de las funciones públicas, que es generalmente, para un gran número, la muerte de su inteligencia.

Siete años — dice M. Avenel — habían pasado después de la vuelta de los Médicis, cuando Lorenzo murió en 1519. Esta muerte fué un gran acontecimiento para Florencia, que volvió en seguida sus miradas hacia la libertad. León X, no teniendo sucesores para dar a su sobrino y queriendo sin embargo conservar en Florencia la autoridad de su familia, pidió a Maquiavelo que le expusiera sus ideas sobre las instituciones que convenía establecer para la prosperidad del Estado.

Es una obra muy curiosa la *Memoria* escrita en esta ocasión por Maquiavelo, y que ha sido recogida en sus obras bajo el título de : *Discurso al papa León X*. El embarazo de Maquiavelo, que quiere una república, aconsejando a un príncipe que quiere una monarquía, se trasluce en veinte ocasiones, y la moral del tiempo se manifiesta sin ningún pudor en los consejos de fraudes que el publicista da al papa. Maquiavelo declara primeramente que sólo la república es posible en Florencia. Después él se apresura a añadir : « Vuestra santidad verá, cómo, en mi proyecto de república, no solamente yo conservo su autoridad toda entera, sino que yo la aumento. » Y un poco más abajo : « Si yo examino esas diversas instituciones, mientras que vuestra santidad y monseñor el cardenal (el hermano de León X) existen todavía, yo veo una monarquía verdadera; pues vos tenéis la iniciativa de las leyes, y yo no sé lo que un jefe puede desear demás en un Estado. » Por otra parte,

Maquiavelo atribuye exclusivamente a los dos Médicis los nombramientos de las magistraturas de los Sesenta y cinco, a la de los Doscientos y a la de Balía. En cuanto a las magistraturas inferiores, de las cuales él reserva el nombramiento al pueblo, representado por el Consejo de los mil, Maquiavelo dice formalmente a León X que él podrá igualmente hacer escoger los que él juzgue a propósito : « para que vuestros partidarios os estén seguros de ser puestos en las bolsas cuando fuese necesario realizar elecciones en el Consejo, V. S. podría designar ocho escrutadores que, haciendo el recuento de los votos en secreto, podrían hacer caer la elección sobre los que ellos quisieran ». Es imposible expresarse en términos más claros. Pero, ¿cómo el pueblo florentino, que Maquiavelo representa celoso de su libertad, se habría acomodado a tal superchería? ¿Y cómo Maquiavelo podía aconsejar, yo no digo lealmente — lo que no le inquietaba de ninguna manera — pero lógicamente, después de haber mostrado algunas páginas antes que uno de los vicios que habían contribuido a la caída del antiguo gobierno de Florencia, era « que el pueblo no tenía en el gobierno la parte que le pertenecía... y que los escrutinios se hacían de manera que era fácil introducir el fraude » a quien Maquiavelo quería engañar aquí? Este opúsculo, ¿es un señuelo para León X o para el pueblo de Florencia? Nosotros tememos bien que no sea todavía, como el libro de *El príncipe*, una especie de petición para obtener un empleo. Lo que había de cierto, es que es bastante difícil deshacerse de una idea neta de esta república irrisoria, o, si se quiere, de esta monarquía fraudulenta de que Maquiavelo esboza el plan. El embarazo de un escritor que por pudor no quiere disfrazar abiertamente un sentimiento que se le conoce, y por complacencia no quiere exponerlo abiertamente, puede sólo explicar este singular discurso,

que Gigene juzga con demasiado favor cuando él dice que es una memoria llena de sentido y de destreza.

« Después de la muerte de Lorenzo, Maquiavelo encontró un poco más de acogida por parte de los Médicis; el cardenal Julio, hermano de León X, que se había puesto a la cabeza del gobierno de Florencia, propuso a nuestro publicista que escribiera la historia de su patria y le dió una asignación para este trabajo. Si la historia de Florencia, pagada por los Médicis, no es la obra de un cobarde adulator de los Médicis, ella no es tampoco la de un enérgico defensor de la libertad de la Toscana. Maquiavelo dió prueba más de destreza que de coraje; si él no ha condenado a los defensores de la libertad, él tampoco no ha condenado a sus opresores. Nosotros sabemos gustoso a Maquiavelo recibiendo los sueldos del cardenal Julio de Médicis, que se convirtió bien pronto en el papa Clemente VII, de no haber juzgado al gobierno de los Papas y de haber dicho una parte de la verdad sobre los Médicis.

« Nosotros sabemos por él mismo las capitulaciones que él mismo hacía con su conciencia de historiador. El escribía en 1524 a Guicciardini, entonces al servicio de León X : « estando a punto de abordar ciertas particularidades, yo tendría necesidad de saber de vos, si yo no corro riesgo de disgustar, sea aumentando, sea rebajando los acontecimientos. Sin embargo, yo trato de aconsejarme, y he de hacer de manera que diciendo la verdad, nadie se pueda quejar de mí », no es difícil de adivinar lo que puede ser una verdad tan prudente, y de qué manera, contando hechos casi contemporáneos, se puede contentar a todo el mundo. Nosotros lo hemos dicho : Maquiavelo tenía respeto por la verdad, pero él tenía al mismo tiempo mucho



cuidado por el favor de los Médicis y por el sueldo que le valía su historia, y él no era hombre para sacrificar el dinero al deber. Sin embargo, las funciones de historiador son una especie de sacerdocio que es necesario ejercer sin salario para alejar hasta la menor sospecha. Se dirá, puede ser, que es más meritorio todavía poner su sinceridad en contradicción de su interés y de hacer triunfar la sinceridad; pero hay pocos que tengan el coraje de exponerse a un tal heroísmo. Maquiavelo no debía tentarlo más que otro, pues a pesar de la idea que se hace ordinariamente de este hombre el común de los lectores, nadie es menos austero, y los que lo han estudiado bien saben que con una elevación de pensamiento y un genio raro en todos los siglos, Maquiavelo tenía toda la corrupción y toda la ligereza del suyo. Por otra parte, se ve en la dedicatoria a Clemente VII que Maquiavelo no estaba él mismo sin cierta inquietud sobre el juicio que merecería su franqueza, y uno puede convencerse que él temía la acusación de adulator, por el cuidado que él pone en prevenirlo. Maquiavelo, no queriendo dejar aparecer a los ojos del Papa el embarazo en que se encontraba, le promete acabar su tarea. « Yo seguiré mi obra — decía él — a menos que la vida no se me escape, o que V. S. no me abandone. »

Pero ni estos juegos de la imaginación, ni los graves trabajos del espíritu, ni las distracciones de una vida disoluta, no podían llenar esa alma donde la natura había hecho tanto lugar; el ejercicio de los empleos era para Maquiavelo una segunda naturaleza; él tenía necesidad de la actividad que ellos exigen y de la comodidad que ellos procuran y de la importancia que ellos prestan. Ser alguna cosa en el Estado era para él como una condición de

la existencia; así, desde que después de la muerte de Lorenzo, él encontró a los Médicis un poco más favorablemente dispuestos hacia él, esperaba evidentemente la ocasión de entrar en los empleos. Después de nueve años de reposo, su iniciación no fué magnífica; la Señoría lo envió en misión acerca de los hermanos menores reunidos en capítulo en Carpi en 1521. Se trataba, según las cartas credenciales, de procurar un nuevo esplendor a la orden, y para ello de obtener de esos monjes que ellos hicieran del dominio de Florencia una provincia aparte y separada del resto de la Toscana. Es muy curioso ver a Maquiavelo recibir las instrucciones diplomáticas de un hermano Hilarión y que le trace la conducta que él debe seguir en este grave negociado, y como para añadir a lo burlesco de su misión pública, los cónsules del arte de la lana le encargaron al mismo tiempo de la misión original de procurarles un hermano predicador para la cuaresma. Nada es más divertido que ver lo seriamente que Maquiavelo rinde cuenta de su misión al cardenal Julio de Médicis, mientras que él la hace objeto de mil bufonerías en su correspondencia íntima con Guicciardini. Este, que era gobernador de Módena por el Papa, le envió para reirse correos que llegaban uno tras otro y con gran prisa. «Sobre todo — escribía Maquiavelo a Guicciardini — que él no cese de correr y que llegue aquí agitado y sudoroso a fin de que todo el mundo esté estupefacto. Hacerlo así es hacerme honor. Vos aumentaréis la estima que se tiene por mí en la casa, haciendo de manera que los mensajeros se multipliquen. Vos sabréis que a la llegada de vuestro correo, y viéndoles saludarme con grandes reverencias y decirme que él había sido enviado expresamente con toda ligereza, cada uno se levanta en seguida con un aire tan respetuoso y tan gran estrépito, que toda la casa se viene abajo. Se apuran

a preguntarme si hay alguna cosa de nuevo.» Y Maquiavelo les hace mil cuentos sobre el emperador, los suizos y el rey de Francia : « de manera que cada uno quedaba boca abierta con el sombrero en la mano. Mientras que yo escribo, ellos forman un círculo alrededor mío; están maravillados de verme garabatear tan largo tiempo, y me miran como a un poseído; y yo, para añadir a su asombro, para mi pluma, me enderezo; y entonces ellos abren una gran boca, que ellos podrían abrir más grande todavía si pudieran adivinar lo que os escribo». Este pequeño cuadro está trazado con mano maestra, y la nota del poeta cómico se hace vivamente sentir; pero es triste ver a Maquiavelo héroe de una tal bufonada. He aquí hasta dónde había descendido el hombre que había en otros tiempos negociado los intereses de Europa en la corte de Francia, en la del emperador y en la de los papas. Embajador burlesco, él jugaba a la diplomacia. La misión entre los franciscanos de Carpi no volvió a poner a Maquiavelo en la carrera de los empleos. Se le ve después como antes continuar, con toda la perseverancia de un solicitante, sus pedidos a los servidores del Papa para obtener empleos, que se le rehúsan con la misma perseverancia. Sadoletto, el secretario de Clemente VII, le escribía en 1525, de parte de Su santidad : « Que tuviera paciencia, que era necesario esperar todavía un poco. Esperad, pues — añade el secretario — y si llega alguna cosa que merezca que vos nos informéis, escribídmela, a fin de que yo lo haga ver a S. S. para decidirlo a tomar una mejor resolución.» Esperando Maquiavelo se resignó a hacer todavía una vez la diplomacia para los cónsulas del arte de la lana, que lo enviaron a Venecia con una credencial e instrucciones firmadas por ellos al efecto de reclamar la reparación de un robo hecho en perjuicio de tres negociantes de Florencia. Y diéronse

cuenta sus comitentes que esta embajada era una broma de Maquiavelo a costa de su bolsa.»

«Sin embargo, grandes acontecimientos se preparaban; Carlos V se había convertido en el terror de Italia, y Francia se había ya unido a los venecianos y al Papa contra los imperiales. Poco asegurado por esta alianza, Clemente VII temía a la vez por Roma y por Florencia. En la primera de estas ciudades, había una querrela con la poderosa familia de los Colonna; en cuanto a Florencia, estaba fatigada de la insolente y rapaz tiranía de los tres cardenales que gobernaban en nombre del joven Hipólito, hijo de Julián de Médicis, niño de doce años que había colocado a la cabeza de la República. En las presentes necesidades él tuvo al fin que recurrir a la vieja experiencia de Maquiavelo. Se pensaba en reparar las fortificaciones de Florencia, y el autor del tratado de *El arte de la guerra* fué encargado de dirigir esta operación. Se ha recogido en sus obras la relación de la visita que él hizo sobre el terreno con los ingenieros.

El fué en seguida enviado tres veces en misión por el gobierno de Florencia al lado de Guicciardini, entonces lugarteniente del Papa al ejército confederado. Maquiavelo, que se aproximaba entonces a los sesenta años, volvió a encontrar en medio de estos trabajos todo el fuego de la juventud y del patriotismo; él se indignaba a la vez de la cobardía de sus compatriotas y de la barbarie de los extranjeros; él hablaba de trazar un plan de fortificaciones tan fuertes que diera coraje mismo a un pueblo tal que el nuestro, decía él. El repite sin cesar, en esta parte de correspondencia con Guicciardini, las expresiones de su odio contra los imperiales. «Se ve de todos lados, escribía él un

día, cómo sería fácil de echar todos estos bandidos de este país. En nombre de Dios, no dejemos perder semejante ocasión... Estos gritos de patriotismo no fueron oídos; Roma fué saqueada por los soldados del condestable de Borbón. Esta catástrofe fué para Florencia la señal de una revolución nueva; el odio contra los Médicis estalló sin obstáculo; se destruyó el gobierno establecido por Clemente VII, y los estatutos de este papa cayeron delante de los de la libertad, que, tres años más tarde, los Médicis volvían a su turno a romper para siempre.» En esta corta agonía de la República, la energía del pueblo florentino reverdeció un instante; las bandas de la ordenanza, esta célebre conscripción creada anterior por Maquiavelo, destruída casi en seguida por los Médicis, se levantaron con entusiasmo; pero no era más tiempo. «La lucha duró dos años apenas; el heroísmo debió sucumbir, en fin, bajo la fuerza; pero al menos la libertad toscana cayó en la sangre, y las armas a la mano.» Maquiavelo, que en el momento de la toma de Roma y de la segunda expulsión de los Médicis, estaba empleado en el ejército de los confederados, volvió a Florencia. El fué acogido como un partidario del gobierno caído. «Se olvidó sus antiguos servicios para no acordarse más que su actuación al servicio de los Médicis; no se le tuvo en cuenta los rechazos que él había sufrido. La libertad es celosa; ella no perdonó a Maquiavelo la corte que él había hecho a sus opresores. Se le había visto empujar a los últimos límites de la prudencia sus precauciones para no herir los Médicis; hasta aquí una de las razones que habían impedido de ir a Roma para solicitar él mismo al Papa, era el temor de estar obligado a visitar la familia del antiguo gonfalonero de Florencia, con la cual él había estado ligado. Se le había visto buscar la amistad y el patrocinio de los hombres más devotos a

los Médicis, y particularmente de Vettori y de Guicciardini, que bien pronto debían tomar una parte activa y sangrienta en el establecimiento definitivo de la tiranía. Maquiavelo hacía entonces tan poca sombra a los Médicis, que bien que él fuera uno de los miembros más asiduos y más distinguidos de la sociedad que se reunía en los jardines Rucellai, en la época donde una nueva conspiración contra los Médicis se tramaba entre los jóvenes florentinos, de que muchos fueron decapitados, Maquiavelo no fué ni aun sospechado. Se concibe que un hombre para quien los tiranos tenían tan poca desconfianza, no debía inspirar mucha confianza a los amigos de la República. A más, aunque el libro de *El príncipe* no fué impreso, las copias habían sido desparramadas; y a pesar de todo el trabajo que se dió Maquiavelo para suprimirlas (si nosotros creemos el testimonio de Varchi), este libro se elevó contra él como un terrible anatema; pues Maquiavelo no pensó él mismo en estos útiles argumentos que se ha imaginado después para prohibirlo. El desdeñoso olvido de sus conciudadanos, vueltos a la libertad, fué para Maquiavelo un cruel castigo; él concibió un dolor tanto más profundo cuanto que puede ser que él adivinara que esta actitud de sus contemporáneos sería también de la posteridad. La indiferencia de los Médicis lo había desesperado; la indiferencia de sus conciudadanos lo mató. Algunas semanas después del restablecimiento de la República él había descendido a la tumba.

*Horacio R. Stafforini.*